

**GARCÍA-HUIDOBRO, JOAQUÍN, COMUNIDAD:
LA PALABRA QUE FALTA, VALENCIA, TIRANT
HUMANIDADES, 2020, 285 PP.**

Paulina Menem

Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, Argentina

Contacto: paulinamenem@uca.edu.ar

Recibido: 5 de junio de 2022

Aprobado: 7 de julio de 2022

Para citar este artículo:

Menem, P. (2022). “García-Huidobro, Joaquín, *Comunidad: La palabra que falta*”, Valencia, Tirant Humanidades, 2020, 285 páginas. *Prudentia Iuris*, N. 94. pp.29-32

DOI: <https://doi.org/10.46553/prudentia.94.2022.pp.29-32>

Esta reseña se dedica a presentar el libro *Comunidad: La palabra que falta*, compuesto por un prólogo, 8 capítulos y un epílogo.

En la obra en análisis, el Dr. García-Huidobro realiza una crítica de la sociedad chilena actual, precisamente, luego de los episodios revolucionarios que atravesó este país en el año 2019. En su opinión, la crisis se debe –en primer lugar– a la pérdida de los valores de las familias, las iglesias, las escuelas y los barrios. Sin perjuicio de esto, el autor remarca que también se debe a factores muy variables, tales como: el desprestigio de los partidos políticos; la pérdida de credibilidad del mundo empresarial; la debilidad de los sindicatos y su captura por grupos minoritarios; el deterioro de la familia; la crisis de la idea misma de autoridad; la merma de la influencia de la prensa escrita y su progresivo reemplazo por unas redes sociales; la carencia de mecanismos de autocontrol de las propias pasiones e intereses ilegítimos; la difusión de una pedagogía que hace de las emociones la fuente última de

valor; la creciente secularización y el hedonismo; la falta de sensibilidad de las clases acomodadas ante la existencia de vastos sectores de la población que se encuentran en marginalidad; el deterioro del transporte público; el elevado endeudamiento; jóvenes que no estudian ni trabajan; la captura de liceos e instituciones de educación superior por parte de grupos radicales; y la inhibición de muchos, que no se atreven a hablar para no experimentar las consecuencias de la corrección política.

Precisamente, todos estos factores son resultados del individualismo y de la exacerbación de la autonomía a los que ha caído la comunidad política actual; tanto es así que se ha manifestado en las relaciones afectivas (rechazo a la institución del matrimonio, extendiéndose el fenómeno de la convivencia), como a la misma corporalidad del hombre (ya que la materialidad es algo que puede corregirse o transformarse a voluntad de cada uno). El autor menciona cuatro consecuencias políticas derivadas del individualismo actual, estas son: desinterés por la política, desconfianza en las mediaciones (se dejan de lado intermediarios entre el político y los ciudadanos), auge de los movimientos sociales en desmedro de los partidos políticos y el anarquismo que se percibe en las protestas.

El Dr. García-Huidobro resalta los problemas que despierta este individualismo, que además de ser insuficiente para la cantidad de adversidades a las que se enfrenta el hombre, se vislumbra, asimismo, en el sector empresarial, en los planes de acción de los gobiernos (que terminan invisibilizando aquello por lo que se lucha), la pérdida de los barrios y el contraste social que se ve en las ciudades (tal como sucede en ciudades como Santiago o Viña del Mar).

Sin embargo, a pesar de que el autor encuentra la incompatibilidad de la derecha con la igualdad, resalta algunos cambios que han tenido lugar en el panorama intelectual de la centroderecha chilena y en parte del centro de inspiración socialcristiana (el autor menciona a intelectuales como Hugo Herrera, Guillermo Pérez).

A partir de una concepción no igualitarista de la igualdad, ciertos académicos jóvenes proponen instituciones fundamentales, concretamente sobre la división del poder, tanto en la estructura del Estado, como en las empresas y las ciudades (donde el ideal que se propone es buscar preservar en los barrios cierto grado de igualdad); interés por las regiones con capacidad de contrarrestar el poder de la capital; la atención que prestan al problema político de la familia, siendo necesario una filosofía pública de la familia en cabeza del Estado. Corolario de esto, se propone dividir el poder en todos sus ámbitos estatales, geográficos, empresariales e incluso universitario; el autor aduce que “la concentración del poder universitario, su reducción a las universidades estatales, significa una considerable restricción de la libertad”.

Otro punto de quiebre en la comunidad chilena se fue dando en el ámbito universitario, donde el autor identifica a los alumnos –de hoy en día– como alumnos “barra libre” y “alumno-cliente”. El primero es quien acude a la universidad por el mero motivo de “pasarla bien”, mientras que el segundo es el que paga y reclama que se le entregue un servicio de acuerdo con sus preferencias (lo cual no se resuelve mediante la gratuidad de los niveles educativos). Asimismo, se encuentran los anarquistas y asambleístas, lo más elocuente de estas figuras se presenta en los paros o en una toma, “soluciones” que no terminan por resolver ninguna injusticia, ya que parando la enseñanza, aprendizaje e investigación no es la manera de encontrar la solución. Y la tercera corriente que sacude a las universidades es la burocracia que adopta la filosofía tecnocrática, que pretende manejar la universidad como si fuera una empresa y que reduce la búsqueda del saber en datos duros.

Por otro lado, parte de la crisis chilena también se debe a los problemas que presenta el abstencionismo y desinterés político, a partir de que el voto ya no es más obligatorio en Chile, debiendo serlo, ya que votar es la mínima contribución de un ciudadano al bien común.

En síntesis, todos estos factores culminaron en los episodios del año 2019 en Chile (con la destrucción de edificios, paros universitarios, saqueos en supermercados); en otras palabras, se derribó en una República totalmente en ruinas.

Sin perjuicio de esto, el autor propone “la lenta tarea de recuperar la comunidad”. Propone que para la adecuada funcionalidad de la sociedad es necesario que esta se apoye en la llamada “sociedad civil”, no solo porque sus fuerzas son enormes, sino porque es allí donde se vive de modo más genuino la experiencia de comunidad. La sociedad civil lleva a cabo iniciativas educacionales a favor de los menos favorecidos; se ocupa de las personas afectadas por diversas discapacidades; entrega atención a los enfermos terminales o a la tercera edad; y realiza un sinnúmero de tareas que ningún Estado puede desarrollar de modo tan personal. Dentro de las comunidades más relevantes se encuentran las de carácter religioso, pero debido al avance de la secularización y al desprestigio de la Iglesia católica, muchas personas han abandonado esa cercanía con la religión o prefieren hacerse una religión a la carta, donde no existan las exigencias que plantea la fe. Es por ello que, según el autor, es necesario fortalecer el interés de la sociedad por la religiosidad.

En segundo lugar, corresponde fortalecer el cuidado de los espacios públicos, la dignidad del trabajo y recordar el valor de la autoridad y la ley, lo cual no es tarea fácil, porque sus actores están totalmente desprestigiados, los políticos y los parlamentos gozan de escasa confianza por parte de la sociedad; tarea que el autor califica como ardua, ya que implica fortalecerlo

desde la educación universitaria. Sumado a lo anterior, también propone enriquecer el patriotismo (casi perdido), explicado como un valor que exige atender al pasado, honrar las tradiciones y mostrar agradecimiento por las generaciones precedentes.

Finalmente, propone que la política debe tener presente en sus actuaciones difundir el ideal de familia, ya que la familia es la que enseña y permite vivir de modo natural las relaciones que se derivan en la comunidad. Resulta curioso que el autor proponga fortalecer aquellos valores que en el principio de su obra advirtió que se encontraban en crisis (la familia, religión, la educación y el barrio).